

Libia después de Gadafi: Los retos y desafíos que afronta el país en la construcción de la democracia¹

Rosa Meneses

Periodista de El Mundo especializada en Magreb y Oriente Medio



El 17 de febrero de 2011, al calor de la llamada Primavera Árabe, comenzó en Libia una revuelta que acabó, seis meses después, con el desmoronamiento del régimen del coronel Muamar Gadafi. La capital cayó en manos de las milicias revolucionarias a finales de agosto, lo que significó la erradicación simbólica del sistema de la Yamahiriya, la república de masas, aunque Gadafi se encontrara en fuga. Finalmente, el líder libio fue capturado, linchado y ejecutado el 20 de octubre. Pocos días después, el Consejo Nacional de Transición (CNT) declaró la “liberación” del país. Cuando ya se ha cumplido un año desde el desencadenamiento de la revuelta, las débiles autoridades interinas libias afrontan dos desafíos clave: el creciente poder de las milicias armadas –se calcula que hay más de 500 grupos armados en el país, cada uno sigue órdenes de sus propios líderes– y la fragmentación que experimenta el país en forma de rivalidades regionales. Unido a la falta de seguridad y a las tensiones entre centro y periferia y entre militares y civiles, el Gobierno transitorio ha de luchar también contra el aumento de la frustración social ante los escasos avances políticos y económicos.

¹ Rosa Meneses cubrió durante 2011 el conflicto de Libia en sus diferentes fases.

Milicias, impunidad y violencia

El 20 de enero de 2012, el ex embajador libio en Francia Omar Brebesh fue encontrado muerto en la morgue de Zintan, con evidentes signos de tortura. Un día antes había sido llamado por las milicias de esta zona en Trípoli. Vinculado al régimen derrocado, Brebesh, jurista y antiguo decano de la universidad de Nalut de 62 años, había sido captado por las nuevas autoridades, una decisión que no gustaba a todos. El incidente es sólo uno de los múltiples actos de violencia incontrolada y venganza que perpetran a diario las milicias libias. A pesar de que la guerra ha acabado, los guerrilleros se niegan a entregar las armas. Actúan como policía, deteniendo a sospechosos y antiguos colaboradores de Gadafi, controlan bastiones estratégicos y patrullan las ciudades imponiendo su ley. Por ejemplo, sólo en Trípoli hay más de 120 milicias diferentes (Prier, 2012). Las fuerzas de Zintan, una ciudad de una zona montañosa al sur de la capital, controlan el aeropuerto de Trípoli, donde según sus propios cálculos mantienen un millar de hombres (Shadid, 2012). Estas milicias se atribuyen un papel importante en la caída de la capital: de Zintan partió la ofensiva que acabó por poner de rodillas a los gadafistas. La captura, en noviembre, del hijo predilecto de Gadafi, Saif al Islam, renovó sus aires de protagonismo. Todavía mantienen prisionero al vástago del líder libio, quien según las autoridades transicionales será juzgado en el país. Pero no están solas en Trípoli: a las propias milicias de la capital, entre ellas el Consejo Militar de Trípoli, hay que sumar grupos armados de otras ciudades como Nalut o Misrata.

El Gobierno transitorio ha de luchar también contra el aumento de la frustración social ante los escasos avances políticos y económicos

El CNT poco puede hacer ante el poder desafiante de las milicias, que a menudo se enfrentan entre sí. Ya en octubre, se lanzaron llamamientos para que los cientos de guerrilleros que pululaban por Trípoli tras la guerra regresaran a sus ciudades de origen. Sin embargo, los comandantes no quieren retirar a sus hombres y alegan que son los libios los que quieren que se queden en las calles para garantizar la seguridad. Algunas milicias efectivamente tratan de preservar la ley y el orden en medio de la incapacidad del Gobierno. Sin embargo, otras son realmente agresivas. Es el caso de los guerrilleros de Misrata o Zintan, que se disputan los 'honorés' de haber dado un vuelco a la guerra contra Gadafi.

Un investigador de Human Rights Watch estima que existen 250 milicias diferentes sólo en la ciudad costera de Misrata, la ciudad que sufrió un cruel cerco de cuatro meses durante la guerra. En los últimos meses, estas milicias se han convertido en las más odiadas del país. Su presencia en Trípoli es problemática. Ocupan los barrios costeros de la capital, pero realizan incursiones en otras zonas para saldar sus 'cuentas pendientes'. Entre ellas está la de hostigar y detener a los que consideran aliados de Gadafi, como ocurre con los habitan-

tes de Tawarga, refugiados en un antiguo campo de trabajadores en Janzour, a las afueras de Trípoli. Los grupos armados de Bengasi y Zintan tratan de proteger a los 1.500 refugiados de las batidas de los milicianos misratíes, en las que han matado a varios hombres y detenido a decenas, que aún permanecen bajo su custodia. Misrata acusa a Tawarga de ser la base desde la que las fuerzas gadafistas ejercían el cerco a la ciudad. Sus habitantes son de piel negra, procedentes del sur o descendientes de esclavos, y son acusados por los misratíes de servir en las filas gadafistas.

“Las milicias de Libia están básicamente fuera de control, y la impunidad generalizada de que disfrutan alienta nuevos abusos y perpetúa la inestabilidad y la inseguridad”, manifiesta Donatella Rovera (Amnistía Internacional, 2012), asesora general de Respuesta a la Crisis de Amnistía Internacional. “Hace un año, la ciudadanía de Libia arriesgó su vida para reclamar justicia. Hoy, sus esperanzas peligran por las milicias armadas sin ley que pisotean impunemente los derechos humanos. La única manera de romper con las arraigadas prácticas de abusos del régimen autoritario del coronel Gadafi es garantizar que nadie está por encima de la ley y que los abusos se investigan”, añade.

En Libia hoy, existen un un centenar de centros de detención en todo el país, en manos de las autoridades transicionales y de las fuerzas rebeldes. Según el Comité Internacional de la Cruz Roja, hay unos 8.500 detenidos en 60 centros de detención (CICR, 2012) gestionados por las milicias. El 10% de estos arrestados son ciudadanos extranjeros, notablemente personas de raza negra detenidas simplemente por ser sospechosas de luchar en las filas de Gadafi. Durante la guerra, las milicias rebeldes aseguraron que el coronel Gadafi había reclutado mercenarios de Chad, Mali, Níger y otros países del África Negra. Ello desató una ‘caza al negro’ por todo el país (Meneses, 2011), deteniendo a cualquier persona de color incluso si no iba armada. Millones de africanos vivían en Libia antes del inicio de la revolución, trabajando en los oficios que los libios despreciaban.

Entre enero y febrero de 2012, Amnistía Internacional visitó 11 prisiones. En 10 de ellas, los detenidos afirmaron estar sometidos a torturas y malos tratos (Amnistía Internacional, 2012). Al menos 12 personas han muerto desde septiembre hasta febrero, a consecuencia de torturas bajo custodia de las milicias. En estos lugares al margen de la ley se sacan confesiones falsas bajo tortura; entre los métodos empleados los detenidos hablan de golpes con látigos, cables cadenas, barras metálicas o de madera, descargas eléctricas, arranque de uñas... La organización Médicos Sin Fronteras anunció a finales de febrero de 2012 la suspensión de todas las actividades en los centros de detención de Misrata. Sólo allí, MSF trató hasta febrero a 115 personas con heridas producidas por las torturas.

A pesar de que la guerra ha acabado, los guerrilleros se niegan a entregar las armas y actúan como policías imponiendo su ley

Ninguno de estos abusos ha sido investigado. Las autoridades del CNT tampoco han emprendido ninguna acción contra las milicias. De igual modo, las milicias son responsables de la expulsión como castigo colectivo, de comunidades enteras, lo que se contempla como un delito según el Derecho Internacional. Las fuerzas rebeldes de Misrata expulsaron a toda la población de Tawargha, unas 30.000 personas, y saquearon y quemaron sus casas como venganza por los crímenes de los que se acusa a algunas personas de cometer durante la guerra (Amnistía Internacional, 2012). También se han producido expulsiones en otras partes del país, como las perpetradas por las milicias de Zintan en los montes de Nafusa. Muchos permanecen refugiados en campamentos improvisados, sin que se haya tomado ninguna medida por parte de las autoridades.

La impunidad generalizada se está instalando en el país y el mensaje es que los abusos se toleran. Nadie tiene que rendir cuentas, con lo que la posibilidad de que estos abusos se repitan es alarmante. En un Estado naciente como Libia, este hecho causará un grave perjuicio a la sociedad y al sentido de justicia. Pero no sólo se trata de la impunidad presente. Esta situación hace que el pasado también quede impune. “Es imperativo que las autoridades libias demuestren firmemente su compromiso de poner fin a décadas de abusos sistemáticos y para ello deben poner freno a las milicias, investigar todos los abusos tanto actuales como cometidos en el pasado y enjuiciar a los responsables –sean del bando que sean- de conformidad con el derecho internacional”, estima Rovera (Amnistía Internacional, 2012).

Del “Hermano Líder” a los “Señores de la Guerra”

Las milicias también se enfrentan entre ellas. Raro es el día en que no se producen escaramuzas. Cuando antes había un líder inequívoco y omnipresente, el *Hermano Líder*, el propio Gadafi, hoy van perfilándose las figuras de *señores de la guerra* que despuntaron durante el conflicto y que hoy no están dispuestos a renunciar así como así al poder que han adquirido. Destaca Abdelhakim Belhadj, ex dirigente del Grupo Islámico Combatiente Libio (el grupo fundamentalista que combatió contra el dictador en los noventa), que ascendió como conquistador de Bab al Aziziya (el complejo presidencial de Gadafi), en agosto. Lidera el Consejo Militar de Trípoli, con el beneplácito del CNT, y cuenta con unos 300 hombres bien equipados y que patrullan la ciudad a bordo de todoterrenos con la inscripción “policía”. Obtiene financiación de Qatar y algunos observadores afirman que tiene una “agenda islamista oculta”. Sin embargo, la autoridad de Belhadj no sobrepasa el centro de Trípoli y es desafiada por los zintanis y los misratíes.

Su principal rival es el zintaní Abdallah Naker, líder del Consejo de los Revolucionarios de Trípoli. Naker le disputa legitimidad a Belhadj: dice que el islamista ha sido nombrado por el CNT y él, por los revolucionarios. Naker, antiguo comerciante de electrónica, afirma haber liderado todas las batallas del oeste. Según él, cuenta con más hombres y mejor armamento (Prier, 2012): asegura ser el jefe del “75% de los revolucionarios de Trípoli” y estar financiado por “hombres de negocios”. Su influencia se extiende por otras áreas de Libia: la costa y las fronteras con Argelia y Níger.

En el este sobresale la Brigada 17 de Febrero, liderada por Ismail Salabi, hermano del clérigo Ali al Salabi, considerado líder espiritual de la revolución libia. Ismail Salabi dispone de unos 3.000 hombres cuyo centro está en Bengasi. Antiguo combatiente en Afganistán, sufrió la cárcel bajo el régimen entre 1997 y 2003, como su hermano Ali. Ismail es muy crítico con las autoridades del CNT y mantuvo polémicas con su ex primer ministro, Mahmud Yibril, dimitido el año pasado. Además, una unidad de la Brigada 17 fue considerada responsable de la muerte del general Abdel Fatah Yunes en julio de 2011. Yunes era entonces ministro de Defensa del CNT y dirigía las operaciones en el frente de Ajdabiya, pero su pasado como jefe de las Fuerzas Especiales de Gadafi le había granjeado rencores entre los islamistas, que le consideraban responsable de la represión durante la dictadura.

Si durante la guerra podían percibirse bien las rivalidades entre las diferentes facciones, ha sido al acabar el conflicto cuando las luchas se han vuelto más recurrentes. En febrero, las fuerzas locales se enfrentaron a las misratíes en una mansión cercana al hotel Marriott que había pertenecido a Saadi Gadafi y que ahora era su cuartel general. Los vecinos aseguraban que los misratíes secuestraron a una chica y las milicias locales tomaron la casa y expulsaron a los foráneos. También ha habido enfrentamientos en Kufra, Zawiya, Bani Walid, Bengasi...

El CNT planea integrar a 75.000 hombres de un total de 120.000 que se estima necesitan ser desmovilizados (Engel, 2012). Sin embargo, sólo 15.000 rebeldes han firmado la reintegración y registrado sus armas. Muchos están esperando los resultados de la transición política antes de desarmarse. El Gobierno de Transición había dado a las milicias hasta el 20 de diciembre pasado para abandonar la capital. Siguen allí. El desarme de estos grupos será uno de los asuntos clave para el éxito del proceso hacia la democracia en Libia. Miles de armas, incluidos misiles SA-7, han sido saqueados de los arsenales militares abandonados por el ejército gadafista.

La idea de las autoridades interinas es integrar a las milicias en un ejército nacional lo antes posible, sin embargo, la absorción de las guerrillas es lenta. Encargado de la integración en Trípoli es Mojtar

La única manera de romper con las arraigadas prácticas de abusos del régimen autoritario del coronel Gadafi es garantizar que nadie está por encima de la ley y que los abusos se investigan

Fernana, autodenominado jefe de la región oeste. Teóricamente. Muchos lo consideran un señor de la guerra zintaní y la prueba de ello es que custodia en una mansión secreta a Saif al Islam, su trofeo de guerra y su garantía de un brillante futuro militar.

La absorción no será fácil puesto que los *señores de la guerra* no están dispuestos a ceder cotas de poder. Para Naker, integrarse es una opción futura que hoy por hoy no contempla. Habrá, además, que discutir los sueldos de sus hombres y el reembolso de su armamento. La cuestión es quién tiene más autoridad: por ahora, son las milicias las que en realidad protegen a un Gobierno demasiado frágil para ejercer el monopolio de la fuerza. “El Gobierno es débil; somos nosotros quienes lo protegemos, como si fuéramos el Ejército nacional”, declara Naker (Prier, 2012).

En este contexto, falta mucho para desarmar completamente a los rebeldes, pues no existe una estructura militar que pueda absorber a estos jóvenes armados. Bajo la égida de Gadafi, el Ejército era una institución débil. Tras su golpe de Estado, en 1969, el coronel eliminó todos los rangos oficiales por encima del suyo y encarceló y asesinó a aquellos rangos que se oponían a él (Meneses, 2011e). Aun así, el líder libio tuvo que acallar varios golpes militares. Bajo su dictadura, los grupos más influyentes de las fuerzas de seguridad eran las brigadas especiales, dirigidas por sus hombres de confianza. A diferencia del Ejército, pobremente armado y obsoleto, las fuerzas especiales disponían de soldados mejor entrenados y de armamento occidental. Una de las unidades más competentes –y temidas– era la Brigada Khamis, dirigida por uno de los hijos de Gadafi. Pese a su poderío, se desintegró en los epílogos de la guerra, cuando Trípoli fue conquistada y su cuartel general, en el barrio de Abu Slim, tomado por los rebeldes (Meneses, 2011a).

Por tanto, las fuerzas militares libias aquejan un defecto de formación histórico: hay una grave escasez de oficiales capacitados. Es la herencia que deja Gadafi. Las prioridades para formar un Ejército funcional y capaz de absorber a las milicias son el entrenamiento y la educación. Desde capacidades básicas para los soldados hasta educación de alto nivel para formar una nueva generación de oficiales que se desenvuelvan en un ambiente de respeto a los derechos humanos y la primacía de la ley. Algunos estados de la OTAN y aliados como Jordania y Qatar han comenzado a entrenar y a equipar (Wehrey, 2012) a las incipientes fuerzas de seguridad libias. Perfilar las relaciones cívico-militares y promover la democracia es también una tarea que tiene que trabajarse en este contexto. Más allá del armamento adecuado, las fuerzas de seguridad libias necesitan urgentemente equipación como vehículos, aviones, barcos, uniformes y material de protección, tecnología para el control de las fronteras, sistemas de comunicación...

De la construcción de unas fuerzas de seguridad eficaces dependerá que la atmósfera de seguridad facilite el desarrollo político, económico y social de un país que sale del túnel de una de las dictaduras más largas del mundo árabe. Pero además, los *señores de la guerra* no ocultan sus ambiciones políticas. Naker y Belhadj son de ideología islamista. Aspiran a dirigir Libia. Por tanto, en Libia habrá dos tipos de partidos políticos: los que tengan un brazo armado y los que no.

El creciente peligro de fragmentación regional

La tensión entre las autoridades libias y las milicias se enmarca dentro de una lucha entre el “centro” –que controla las instituciones nacionales, el flujo de petróleo y los miles de millones de los fondos en el exterior descongelados– y la “periferia” marginada durante la época de Gadafi y que sólo puede desafiar la legitimidad central utilizando la fuerza y apelando a las lealtades locales y tribales (Pack y Barfi, 2012). Esa fuerza viene reafirmada por ocho meses de alzamiento armado. El este de Libia, la Cirenaica, se levantó contra las fuerzas gadafistas en los primeros días de las protestas. Su capital, Bengasi, emergió como el centro político rebelde. Allí se establecieron las autoridades del CNT, en una región que pronto quedó cercenada del centro y fuera del alcance del régimen.

En el oeste, la Tripolitania, los acontecimientos sucedieron de forma diferente. En ciudades clave como Misrata, Zintan, Zawiya o Zuara, los rebeldes expulsaron a las fuerzas gadafistas, pero pronto se vieron rodeados por las tropas. Algunas localidades cayeron y otras resistieron meses de asedio. Mientras la zona de exclusión aérea impuesta por la ONU y los bombardeos de la OTAN impidieron que Gadafi retomara el este desde mediados de marzo, las batallas a lo largo de la ruta que conecta Ajdabiya con Sirte –con puntos clave como la refinería de Brega– se vieron pronto irrelevantes ante el empuje de las milicias tripolitanas, que se atribuyen la conquista de Trípoli, la captura de Gadafi y la detención de su hijo Saif al Islam.

Esta forma de conquistar ciudades, este modo de avanzar en el conflicto bélico ha favorecido tendencias que trascienden el Estado y potencian el ‘orgullo regional’. Cada lugar conquistado, cada ‘check-point’ presentaba pintadas con el nombre de la localidad a la que pertenecían los revolucionarios. La identidad comenzó a ser importante. Después de un Estado donde las ciudades quedaron diluidas frente al poder central representado en una persona, los sentimientos locales han emergido en forma de ciudades-estado. Ante la ineptitud de las autoridades centrales, los líderes locales están tomando la iniciativa. A la espera de las elecciones que deben celebrarse este junio en todo el país, las ciudades-estado se desesperan. Los salarios no se



pagan, la reconstrucción es inexistente, los cortes de energía son comunes y el país no tiene liquidez. Con todo, la tentación de autogestionarse es inmensa.

En Misrata, la tercera ciudad del país, el 20 de febrero se celebraron las primeras elecciones independientes tras la caída de Gadafi. La ciudad se desmarcó así del resto del país. En Bengasi, la capital del este, varias manifestaciones se han llevado a cabo en los últimos meses para reclamar una autonomía. La última, a mediados de marzo, fue atacada por hombres armados. Los llamamientos desde Bengasi para crear en esta región una zona semiautónoma son constantes. A principios de marzo, jefes tribales y militares del este se reunieron en Bengasi para demandar una federación (Kirkpatrick, 2012), sistema que prevalecía antes de que Gadafi diera un golpe de Estado hace cuatro décadas. Los congregados, unos 3.000, anunciaron unilateralmente que comenzarían a establecer su propio gobierno autónomo. Este 'estado' oriental, cuyo nombre en árabe es Barqa, tendría su propia legislación, sus presupuestos, policía y tribunales. Bengasi sería su capital. La conferencia destacó, sin embargo, que el gobierno central seguiría tomando decisiones sobre política exterior y controlaría el Ejército y la industria del petróleo.

Falta mucho para desarmar completamente a los rebeldes, pues no existe una estructura militar que pueda absorber a estos jóvenes armados

Si Libia será un Estado centralista o federal está aún por ver. Hay fuerzas centrífugas en ambos lados. Mientras, el discurso de los líderes es bastante ambiguo. Precisamente Ali Salabi, considerado líder espiritual de la revolución libia, expresa muy bien esa ambigüedad: “La mayoría de los libios están contra la centralización y contra el federalismo. Preferimos un modelo similar al de las autonomías españolas, con regiones que tengan instituciones propias” (Meneses, 2012). El primer ministro, Abdel Rahim el Keeb, urgió a los libios a rechazar el federalismo: “No necesitamos el federalismo porque estamos encaminándonos hacia la descentralización y no queremos ir hacia atrás 50 años”, afirmó. Sin embargo, los recelos entre ciudades siguen ahí. Los de Bengasi no se fían de los de Trípoli, que les han dominado durante décadas. Los de Trípoli no confían en los del este y ciertamente, los “recién llegados” –que copan los puestos del CNT– ni siquiera conocen la capital ni su subcultura. Además, todos recelan de los exiliados que están volviendo al país para participar en su reconstrucción, considerándolos unos “advenedizos”.

El espectro de la partición siempre ha pesado como una losa desde que comenzó la revuelta contra Gadafi. Cuando la revolución no llegaba a prender en el oeste, incluso se habló de cercenar la Cirenaica del resto del país (MacIntyre, 2011). Los sentimientos de odio regionales no son nuevos en Libia. A lo largo de la historia de este país hay un enorme sentimiento de marginalidad en la periferia. Además, la historia de unidad nacional en Libia es relativamente nueva. Gobernada como tres colonias (Cirenaica, Tripolitania y Fezzan) bajo

el imperio otomano, Libia fue constituida como una unidad después de la conquista italiana de 1934. Pero las tres provincias guardaron su independencia incluso bajo la monarquía federal que formaron las Naciones Unidas en 1951, tras la retirada de Italia y el nombramiento del rey Idris I. Hasta que en 1963, el país se convirtió en una entidad unitaria. Tras su golpe de Estado, en 1969, Gadafi centralizó el país, dividiéndolo en provincias y estableciendo un Estado policial. Cambió la capitalidad del este a Trípoli y muchos de los recursos fueron escatimados a la zona oriental, justo la que se levantó en primer lugar contra el tirano. El este de Libia es crucial para el país, pues contiene la mayor parte (dos tercios) de sus recursos petrolíferos.

Algunos expertos han apuntado que los riesgos de partición continúan. Sin embargo, las autoridades del CNT se esfuerzan en dar mensajes simbólicos para mantener la unidad del país. Se decidió, por ejemplo, que la capital siguiera en Trípoli, pero el presidente Mustafa Abdul Jalil pronunció el discurso de la liberación en Bengasi. El CNT intenta alejar la impresión de que lo que ha ocurrido en Libia no ha sido una guerra entre el este y el oeste. Aun así, la descentralización se impone y los líderes tratan de que los ciudadanos sientan que tienen más voz en los asuntos locales sin tener que desmembrar el Gobierno nacional.

Un Estado Islámico

La tensión entre aquellos que quieren un Estado islámico y los que abogan por un Estado laico casi no se percibe. Tan fuerte es el sentimiento religioso en Libia, después de 42 años dominados por las excéntricas ideas del *Hermano Líder*. Sus ocurrencias incluían también una particular manera de interpretar la religión, lo cual ha hecho que Gadafi sea estigmatizado como un “mal musulmán” y que eso haya repercutido en la forma de darle muerte, el pasado 20 de octubre de 2011.

Lo primero que hizo el presidente del CNT Mustafa Abdel Jalil en el discurso de liberación que pronunció para dar por terminada la guerra fue reafirmar el carácter de Estado islámico de Libia. Y lo más sorprendente es que se legitimó –casi sin venir a cuento– la poligamia. Sin referentes políticos, el islam se ha convertido en la única argamasa social que une a la población. En la Constitución provisional, la religión islámica es la principal fuente de legislación. Para personajes como Salabi, el islam es la solución –adoptando el lema de los Hermanos Musulmanes de Egipto–: “En nuestro pensamiento, la sharia [ley islámica] recoge los valores de libertad, justicia, dignidad, prevalencia de la ley, Estado de Derecho... El pensamiento islámico puede resolver problemas económicos y sociales en Libia” (Meneses,

2012). El modelo de Estado que los dirigentes libios tienen en la cabeza es Malasia o Turquía, países con un islam moderado y con un amplio desarrollo económico y social, pero que se mueven por leyes de inspiración islámica.

Hemos visto cómo en los otros países donde triunfó la Primavera Árabe (Túnez y Egipto), los partidos islamistas han triunfado en los procesos electorales. En Nahda, en Túnez, y la rama política de los Hermanos Musulmanes, en Egipto, contaban con estructuras muy bien organizadas –pese a ser clandestinos– y con una amplia red de ayuda social que les ha beneficiado a la hora de obtener rentas políticas. En Libia, la oposición en general y la oposición islámica en particular no cuenta con estas estructuras organizativas, aunque podría aprovechar la base tribal para establecerlas. A la pregunta sobre si los partidos de orientación islamista están mejor posicionados que el resto para las elecciones de junio, Salabi contestó: “La mayoría libia es islámica, por tanto el próximo parlamento y Gobierno van a ser de ideología islámica, es natural”.

Así, lo natural es que la nueva Libia se constituya en un Estado islámico, con leyes de inspiración coránica en lo social y algo más neoliberal en lo económico. El modelo aquí, además de Malasia y Turquía, es Emiratos Árabes Unidos. En común: el petróleo como motor de desarrollo y la religión como motor social. Libia sueña con ser Dubai.

Poco a poco, van constituyéndose los partidos políticos en un país sin tradición de partidos políticos. En el islam, se observan dos tendencias: una más moderada y otra claramente salafista. A principios de marzo, los Hermanos Musulmanes libios crearon su formación, el Partido Justicia y Construcción. Aunque la presencia de la cofradía en Libia data de 1949, el golpe de Estado de Gadafi supuso la congelación de sus actividades. La extrema represión de la dictadura nunca le permitió desarrollar sus actividades. Así que tuvo que reconstruirse en el exilio, especialmente en Estados Unidos. En la nueva Libia, la hermandad se fija en el modelo de los Hermanos Musulmanes egipcios y su Partido Libertad y Justicia, aunque su número de seguidores es muy reducido (Ashour, 2012). La situación es muy diferente de la de Egipto, pues los islamistas libios tienen una escasa historia de interacciones con el pueblo. Tampoco han tenido oportunidad de construir una red social o instituciones de caridad. En la nueva Libia se están constituyendo partidos nacionalistas y de centro. Sin embargo, el renacer islámico en Libia tiene un futuro prometedor. Sin duda, la religión será el referente fundacional del nuevo Estado.

*Los sentimientos
de odio
regionales no son
nuevos en Libia.
A lo largo de la
historia de este
país hay un
enorme
sentimiento de
marginalidad en
la periferia*

Actores clave en la construcción de la futura Libia

Los países mencionados en el capítulo anterior tienen ya algo ganado para convertirse en actores importantes en la construcción –económica y social– de la nueva Libia. Pero no hay que perder de vista a un actor importante, que ha jugado un papel decisivo en la intervención extranjera a favor de los rebeldes: Qatar. Durante el conflicto, Qatar pertrechó a las fuerzas rebeldes con material militar y fue el primer país que reconoció al nuevo gobierno como única autoridad legítima para representar al pueblo libio. El segundo país fue Emiratos Árabes Unidos (EAU). Esto nos da pistas sobre cómo los países del Golfo están ya posicionándose política y económicamente en Libia. Sin ir más lejos, EAU ya ha puesto en suelo libio 2.000 millones de dólares en inversiones (McGinley, 2012) y piensa aumentarlas hasta los 5.000 millones de dólares en cinco años.

El petróleo será la clave. Libia posee las novenas reservas de crudo mundiales. Durante 42 años de dictadura, el crudo ha sido el principal corruptor, el medio para perpetuar un sistema de patronaje sobre el que se fundaba el régimen. Tornar esta materia prima en una fuerza positiva requerirá un gran esfuerzo para aquellos que estén en el poder: tendrán que huir de la tentación de gastar los beneficios del petróleo para obtener logros políticos.

Estados Unidos y la Unión Europea –y dentro de ella, Francia, y en menor medida España– verán reforzados sus vínculos económicos con Libia, tras el apoyo facilitado durante la rebelión contra Gadafi. Aunque tradicionalmente, Italia ha mantenido negocios con los Gadafi, este país continuará estando bien posicionado para establecer nuevas alizanzas por su posición geográfica y su relación histórica. Turquía, como modelo a seguir y como país que puede aportar inversiones, será otro gigante.

Por el contrario, mucho tienen que perder los antiguos aliados del tirano. Libia se volverá hacia el mundo árabe, del que ha estado alejada durante décadas como consecuencia del desencuentro entre Gadafi y el resto de líderes árabes. Desaparecidos algunos de esos dictadores, se abre un nuevo proceso para restablecer relaciones en su entorno natural. Argelia lo tendrá difícil, dado su apoyo al régimen derrocado. Igual que los países africanos que durante años se beneficiaron de los petrodólares libios y apuntalaron a Gadafi como ‘rey de reyes’. Una incógnita es qué trato tendrá la causa independentista saharauí en la nueva Libia. Gadafi apoyó al Frente Polisario, en su largo historial de apoyo a grupos independentistas, durante la guerra con Marruecos. Aunque existen pocas pistas sobre cómo van a ser las relaciones entre los saharauis y las nuevas autoridades libias, todo apunta a que esta causa será marginada de la política exterior libia y Trípoli intentará impulsar la olvidada Unión del

Magreb Árabe de alguna manera. Es su manera de recuperar el tiempo perdido y de integrarse en su región, después de décadas de aislamiento.

Olvidar el pasado

Con Gadafi moría no sólo la persona sino también su excéntrica creación, la Yamahiriya, república de masas. Un sistema que durante 42 años ha oprimido a los que pensaban distinto, ha arrancado los valores a una sociedad tradicional y tribal, ha desprovisto a un Estado de instituciones, ha instalado la corrupción en los corazones y las mentes y ha devaluado la capacidad intelectual de un país entero. Libia tendrá que enfrentarse ahora al abismo de su propio futuro. Un reto mayor que derrocar a un dictador que parecía inamovible.

El doctor Feisal Kreshki, el nuevo rector de la Universidad de Trípoli, es consciente de que Libia está en su 'año cero'. Hay que crear un Estado de la nada. "Lo más importante es establecer la ley y el orden. Basándonos en la ley podemos construir el Estado, pero es un proceso ingente. La democracia es buena si se implementa del modo correcto. Si no, estaremos abocados de nuevo en un sistema dictatorial o en la total anarquía", afirma. Ahora, parte del trabajo en Libia debe ser "reconstrucción postbélica", estima este médico ginecólogo formado en Italia y el Reino Unido. "No tenemos un gobierno sobre el terreno ni estructuras para controlarlo todo", reconoce.

Un ejemplo de cómo Gadafi había cooptado todas las instituciones del país lo constituye en qué se había convertido la universidad. El nuevo rector lo explica: "La universidad bajo el régimen de Gadafi no fue un lugar de aprendizaje. Fue un lugar de represión y propaganda". Allí se llevaron a cabo ejecuciones públicas de estudiantes y profesores, en los años setenta y ochenta, detenidos por reclamar libertad. "En este campus se ejecutaba públicamente a estudiantes y también servía como centro de tortura. Durante el régimen, se celebraba cada año el aniversario del ahorcamiento de un grupo de estudiantes", afirma el rector (Meneses, 2011-2012). Kreshki se refiere al 7 de abril, día en que en 1977 se ejecutó en el campus a dos profesores de Bengasi, Omar al Dabub y Mohamed bin Saud, por participar en las manifestaciones estudiantiles de un año antes. El propio coronel Gadafi presidió los ahorcamientos. La locura del excéntrico líder culminó en reservar el mes de abril para las persecuciones de estudiantes, profesores y otros sospechosos opositores libios.

La Universidad de Trípoli se reinventa. Mientras los jóvenes entierran sus 'kalashnikov' y regresan al campus, la prioridad de Kreshki y su equipo es renovar el currículum de esta universidad "contaminada al

El modelo de Estado que los dirigentes libios tienen en mente es Turquía o Malasia, países con un islam moderado y con un amplio desarrollo económico y social

90%” con el mensaje del Libro Verde. Este opúsculo –la biblia política de Gadafi– ya no ocupa el lugar privilegiado que ostentaba en los centros de enseñanza durante la dictadura, cuando los alumnos tenían asignaturas dedicadas a desgranar las extravagantes teorías del Hermano Líder. Los estudiantes de la Universidad de Trípoli organizaron una hoguera simbólica donde quemaron cientos de ejemplares. Pero Kreshki les previno de destruirlos todos: una parte se reciclará y otra, se utilizará como referencia de estudio histórico.

Kreshki, profesor de Medicina durante años en este campus, defiende que “investigar los crímenes de la dictadura no es una prioridad”. “Lo más importante es establecer la ley y el orden. Luego, demoler el sistema que construyó Gadafi y formar una élite intelectual”, añade. “Todavía no tenemos un gobierno. Todavía no tenemos estructuras”, advierte.

La purga de la universidad –con un alto porcentaje de acólitos de la dictadura– es un ejemplo también de lo difícil que será en Libia una reconciliación. El anterior rector se encuentra en arresto domiciliario, mientras es investigado su grado de adhesión al régimen. Los 5.000 profesores también están siendo sometidos a una investigación. “Aquí había una alta concentración de gadafistas porque era un lugar donde se seleccionaba a la gente por su grado de lealtad”, admite Kreshki, que calcula que sólo menos del 5% de la población libia es aún favorable al antiguo régimen. Además de la ‘desgadaficación’, la nueva Libia tendrá que remediar las crecientes tensiones entre el este y el oeste, entre árabes y amazigh, entre civiles y militares.

Otro de los grandes símbolos de la dictadura de Gadafi da hoy un ejemplo de las ansias con que la población pretende deshacerse de esos negros iconos, a veces con ensañamiento. Hoy la barriga rota de Bab al Aziziya, sus murallas grises reventadas, dan fe de un régimen que ya ha pasado a la historia. Situado en el corazón de Trípoli, en este recinto se instaló durante décadas el centro de poder desde donde gobernaba Gadafi y sus acólitos. Durante el levantamiento popular, el régimen organizaba cada noche grandes manifestaciones, con gente que ondeaba banderas verdes –la enseña oficial impuesta por el coronel– y coreaba sin desfallecer consignas a favor del *Hermano Líder*. Durante meses, los acólitos del régimen llevaron a este recinto a decenas de periodistas para que fuéramos testigos de cómo los libios apoyaban a Gadafi. Hoy no queda ni rastro de ellos.

El 23 de agosto, los combates llegaron a Bab al Aziziya, que fue conquistada días después. Pronto, el recinto se convirtió en lugar de peregrinación de cientos de libios que recorrían la explanada y entraban en la mansión oculta antaño tras un muro. Querían ver cómo vivía el dictador y ahora podían entrar hasta la cocina, ver los libros

que tenía en la biblioteca del amplio salón o asomarse a los dormitorios. En pocas semanas, la casa quedó vacía, pues la gente se llevó todos los enseres que pudo: los sofás, las mesillas de madera policromada, los libros de lujosa encuadernación... Los jóvenes rebeldes recorrían los túneles subterráneos que comunicaban los distintos edificios de Bab al Aziziya, se hacían fotos y escribían en las paredes los nombres de sus pueblos de procedencia. El museo del bombardeo estadounidense de 1986, un edificio que se alzaba frente a la famosa estatua del puño aplastando un avión, se reconvirtió en un museo de la revolución. La efigie fue llevada a Misrata, donde se exhibe como trofeo de guerra.

Bab al Aziziya es ahora un mercado popular donde pululan las gallinas y se vende ropa y piezas de repuesto. Los libios han querido así hacer suyo un lugar que simboliza décadas de opresión. Sorprende lo rápido que los libios quieren deshacerse de los símbolos de su pasado. De su propia historia. Nadie piensa en conservarlos ni en cuidar de los miles de expedientes y archivos que han quedado sin proteger en instalaciones como Bab al Aziziya, el edificio de los Servicios Secretos (Mukhabarat) o la siniestra cárcel de Abu Salim. Estos papeles cuentan la historia de miles de libios represaliados, espionados, chantajeados. Hay miles de fotografías, expedientes, transcripciones de llamadas telefónicas, grabaciones...

La purga de la universidad, que estuvo cercana a la dictadura, es un ejemplo de lo difícil que será la reconciliación en Libia

El edificio de la Mukhabarat, en la calle Zawiya, podría ser en sí mismo un monumento a la dictadura. Los rebeldes que lo guardan acceden a dejar entrar a los periodistas extranjeros a condición de que no saquen fotos. Lo que hay allí es inabarcable. Se necesitarían años para poder realizar una investigación y llegar a conclusiones sobre personas desaparecidas, encarceladas, asesinadas. Cada libio tenía aquí un expediente. De las innumerables carpetas parecen salir miles de ojos que miran fijamente ahora que Gadafi ya no está. Pero nadie cuida de esos papeles. Por el contrario, los rebeldes que lo custodian abren sobres que contienen cientos de fotos en blanco y negro, y las derraman por el suelo. De nada le sirve que se le diga que eso es parte de su historia. “¿Cuántos años necesitaremos para descifrar todo esto?”, se pregunta uno de ellos visiblemente nervioso (Meneses, 2011c). El edificio está parcialmente dañado por un bombardeo de la OTAN, pero en él se suceden las salas pobladas con estanterías que acogen carpetas y carpetas. “¿Entiende ahora por qué Gadafi estuvo en el poder 42 años?”, incide el miliciano.

La organización Human Rights Watch ha advertido de la importancia de asegurar todos estos archivos, “que pueden revelar lo que ha ocurrido en Libia en 42 años”, en palabras de Peter Bouckaert, investigador de la ONG. “El Consejo Nacional de Transición tiene la obligación de protegerlos. Son la clave para responder a muchas preguntas”, añade. Enigmas como qué le ocurrió al imam Musa Sadr, que desapa-

reció en 1978 en Libia. Sadr, líder religioso de la comunidad chií del Líbano, fundó en los años 70 el ‘movimiento de los desheredados’, germen del partido Amal. En 1978, invitado por Gadafi, visitó Libia con dos de sus asistentes. De vuelta a casa, en un vuelo hacia Italia, desapareció sin dejar rastro. Una investigación italiana reveló que nunca llegó a este país. El Líbano sigue exigiendo que se aclare el destino de Sadr y ha lanzado una petición al CNT. “Es muy posible que fuera ejecutado hace mucho tiempo, pero ahora se puede rastrear qué pasó realmente con él”, considera Bouckaert (Meneses, 2011d). Sin embargo, si el CNT no protege la valiosa información contenida en los millones de documentos expuestos en las dependencias del régimen abandonadas, es muy posible que las pistas de Sadr y de muchos otros desaparecidos se pierdan para siempre.

Referencias bibliográficas

Amnistía Internacional (2012): “Las milicias amenazan las esperanzas de una nueva Libia”. 16 de febrero. Informe en inglés disponible online: <https://doc.es.amnesty.org/cgi-bin/ai/BRSCGI?CMD=VERDOC&BASE=SIAI&SORT=-FPUB&DOCR=1&RNG=10&SEPARADOR=&&INAI=MDE1900212>

Ashour, Omar (2012): “Libya’s Muslim Brotherhood faces the future”, en *Foreign Policy*, 9 de marzo.

Comité Internacional de la Cruz Roja (2012): “Libya: hardship and danger remain”. *Bulletin* nº 01/2012, 16 de febrero.

Engel, Andrew (2012): “Libya’s Floundering Transition”, en *PolicyWatch* nº 1903, 21 de febrero. The Washington Institute for Near East Policy.

Gadafi, Muamar (1991): *El libro verde*. Centro Internacional de Estudios e Investigaciones sobre El Libro Verde. Trípoli.

Gearon, Eamonn (2012): “Libya: Where have all the weapons gone?”, en *The Middle East*, January/February, issue 429.

Kirkpatrick, David (2012): “Eastern Libya Demands a Measure of Autonomy in a Loose National Federation”, en *The New York Times*, 6 de marzo.

MacIntyre, Ben (2011): “Desert that beat Rommel may fox Gaddafi too”, en *The Times*, 22 de marzo.

McGinley, Shane (2012): “Rebuilding Libya after Gaddafi”, en *Arabian Business*, vol. 13, issue 04, 29 de enero.

Meneses, Rosa (2011a): “La última matanza de la Brigada Jamis”, en *El Mundo*, 30 de agosto.

Meneses, Rosa (2011b): “A la ‘caza’ del negro en la capital libia”, en *El Mundo*, 1 de septiembre.

Meneses, Rosa (2011c): “En la Stasi del coronel Gadafi”, en *El Mundo*, 4 de septiembre.

Meneses, Rosa (2011d): “El misterioso paradero de Musa Sadr”, en *El Mundo*, 12 de septiembre.

Meneses, Rosa (2011e): “La tortura en tiempos de Gadafi”, en *El Mundo*, 29 de octubre.

Meneses, Rosa (2011-12): “Libya: Bye-Bye Brother Leader”, en *Revolve* nº 3, winter. Artículo disponible online: <http://www.revolve-magazine.com/home/2011/11/19/libya-bye-bye-brother-leader/>

Meneses, Rosa (2012): Ali Salabi: "Si falla la reconciliación, caeremos en otra dictadura", en *El Mundo*, 14 de marzo.

Pack, Jason y Barfi, Barak (2012): "In War's Wake. The Struggle for Post-Qadhafi Libya". *Policy Focus* nº 118, febrero. The Washington Institute for Near East Policy.

Prier, Pierre (2012): "Tripoli sous l'emprise des seigneurs de la guerre", en *Le Figaro*, 9 de febrero.

Shadid, Anthony (2012): "Libya Struggles to Curb Militias as Chaos Grows", en *The New York Times*, 8 de febrero.

Stephen, Chris (2012a): "Libya tense on eve of revolution's anniversary", en *The Guardian*, 14 de febrero.

Stephen, Chris (2012b): "As Libya celebrates a year of freedom, evidence grows of its disintegration", en *The Observer*, 19 de febrero.

Vandewalle, Dirk (2011): "Good riddance, Gaddafi", en *Newsweek*, 5 de septiembre.

Wehrey, Frederic (2012): "Bringing Libya Under Control", en *The New York Times*, 24 de febrero.